

# CANTO DE MUERTOS

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2007

PERSONAJE: JOSÉ ANTONIO

JOSÉ ANTONIO:

¿Han escuchado ustedes el canto de los muertos? ¿Saben que tienen un coro gigantesco que se reúne todas las tardes a ensayar su música? Yo lo he escuchado infinidad de veces.

Suena a vientos distantes, a torrentes de lágrimas, a suspiros de brisa. Me gusta mucho cuando cantan melodías de aves, de peces, de alcatraces. La música de las flores es de lo mejor que tienen.

Reconozco que la mayor cantidad de piezas son tristes, algunas aburridas por repetitivas. Se la pasan añorando la vida, lo que se hizo y lo que se dejó de hacer. Pero tienen otras alegres, esas son las que a mí me entusiasman, sobre todo las que cantan los niños muertos.

Creo que en el coro hay más niños que adultos. Niños negros, indígenas, orientales. Los europeos son menos. Niños latinoamericanos es lo que abunda, prietitos, alegres, bailarines; es un deleite oírlos y verlos, porque yo también los veo. Unos visten simples taparrabos y otros túnicas que llegan hasta sus pies. ¿Qué dónde cantan? Huy, si les dijera.

Pero sí, se los voy a decir, por qué no. Cantan en las bahías de los puertos, en la cima de las montañas, en los desiertos, en los llanos, cantan en la arena y en el mar. Les gustan los espacios grandes, y así tiene que ser pues son miles los que forman el coro.

Siempre pensé que los coros celestiales tenían por fuerza que alabar a Dios, y no es así. Algunos cánticos son religiosos, pero son la minoría. El resto habla del amor, de la amistad, de los atardeceres, de la blancura de la nieve, de las risas, del brillo de la gota de agua al caer, de los juegos, de los sabores. Me gusta tanto lo que cantan que siempre termino por dormir. Y es que el canto me da una paz tan grande que me dejo ir y acabo

dormido soñando en otros coros, en otra música, en otros cantos. Y así tengo doble música, la del coro celestial y la de los coros de mis sueños. ¿Puede haber algo más bello? Lo dudo mucho.

Alguien me preguntó que si son miles los que cantan tienen que aturdir por el ruido. Le contesté que no, que todos cantan tan bello que no se siente la multitud. Es un canto suave, como una caricia al oído. ¿Alguna vez les han acariciado el oído? Es algo maravilloso. Sólo el acto del amor lo supera en sensaciones. Yo no lo cambio por nada.

Por eso no me pierdo ninguno de los conciertos que ofrece el coro. Ensayan siempre una semana y los miércoles ofrecen la función, que siempre es de gala. Es una gloria ver al público asistente: todos bellos, todos bien vestidos, todos respetuosos. Qué esperanza que alguno se presente con esos aparatos modernos que hacen ruidos o con cosas de comer. Allá se va a escuchar la música y a deleitarse con lo que se ve y se oye.

Ustedes preguntaran, y con razón, que cómo es que yo puedo escuchar estos conciertos y ustedes no. Que qué influencias tengo, que qué pactos he hecho para tener ese privilegio.

No, no tengo ningún pacto, tampoco privilegios. Les voy a decir el secreto para ir. Es muy sencillo. Lo único que se requiere es estar muertos. Yo morí hace más de tres años.

¿Alguno quiere venir conmigo? No siempre es bonito ir solo, es mejor acompañado.

FIN

RESUMEN : Un hombre puede escuchar los coros celestiales. Termina invitando a que lo acompañen. Sólo se tiene que morir para eso.